

NÚMEROS
PARA CONTAR

PREMIO NACIONAL DE CUENTO

«CIUDAD ECATEPEC»

2008

NÚMEROS PARA CONTAR

por

Manuel Lino



*F*ICTICIA

MÉXICO
2008

PREMIOS DE LITERATURA «CIUDAD ECATEPEC» 2008
PREMIO NACIONAL DE CUENTO «CIUDAD ECATEPEC»

NÚMEROS PARA CONTAR

D.R. © Manuel Lino

D.R. © H. Ayuntamiento Constitucional de Ecatepec de Morelos,
Estado de México

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Edición: 2008

POR EL MUNICIPIO DE ECATEPEC

José Luis Cureño

Presidente Municipal Constitucional

Mauro Pineda Nuñez

Encargado de la Dirección de Educación

Nahum Torres Rivera

Arturo Alvar Gómez Xelhuantzi

Comité Organizador Premios de Literatura «Ciudad Ecatepec»

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la obra: Armando Hatzacorsian

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220, Col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000

www.ficticia.com

ficticia@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del editor de Ficticia Editorial.

ISBN: 978-968-5382-67-0

Impreso y hecho en México

2,345 INDICACIONES

En rigor, así vivíamos, con los horarios estrictos y el tiempo justo, la ropa tiesa, los zapatos duros, siempre limpios y brillantes. Mi cama y, desde luego, las sábanas tenían la proporción áurea. Pitagóricos, aristotélicos, cartesianos, lógicos y obsesivos, así éramos. Y más cuando Padre tenía concierto. Entonces nos exponenciábamos, nuestra precisión tenía cifras después del punto decimal. Los horarios se cumplían al segundo y las instrucciones de Padre no dejaban lugar a la interpretación. Especificaba (por ejemplo) con milimétricas coordenadas (que revisaba de hinojos con regla y transportador) el lugar frente al piano que debería tener el banquillo, mi posición sobre el mueble y el ángulo de mis muñecas.

Aquella madrugada, aunque era de un día especial, no había razón para adelantar la práctica matutina, así que tenía tiempo (5 minutos 32 segundos) para tomar mis 115 mililitros de café. Concluiría mis ejercicios a las 11 h 31 min 06 s y aun tendría más del tiempo necesario para relajarme (dos minutos 25 segundos es el mínimo) antes del almuerzo.

Mi almuerzo era de 680 ± 30 calorías, y es que a Madre se le complicaba un poco el cálculo energético de nuestros alimentos, pues la báscula de la cocina era un instrumento tosco con 1 incertidumbre de 20 gramos. Padre le iba a regalar para el 10 de mayo (Día de la Madre) 1 buena balanza

que, con el juego de pipetas para el aceite, las probetas de todos los tamaños, el vernier y el rebanador preciso, aunque no tanto como para que lo pudiéramos llamar microtomo (lo apodábamos “el militomo”), le ayudaría a meter orden en nuestro caótico mundo culinario. Creo que Madre se sentía sola e indefensa en cantidades difíciles de precisar. No había aprendido a encontrar calorcito en las matemáticas, seguridad en la precisión, amabilidad en la pureza de, por ejemplo, 1 La de 440.00 hercios; no sabía disfrutar de la libertad que significa estrechar los propios límites o planear la rutina. Se refugiaba, en cambio, en su jardín, donde regaba las plantas con la cantidad de agua que “buenamente salía de la manguera”, las podaba “cuando era necesario” y disfrutaba de su desordenado crecimiento. Y eso aun después de haber pasado 20 años, 7 meses, 14 días y 1 hora con 30 segundos de estar casada con Padre, tiempo contado al momento en que inició la conversación y, por lo tanto, los sucesos que dieron pretexto para este escrito, a saber: el periodo de inicio del almuerzo realizado el día de mi presentación como solista al piano con la orquesta de Padre.

Inusitadamente, porque nunca hablábamos de música o conciertos mientras comíamos, Madre, en obvia referencia a los sucesos que nos esperaban esa noche, me dijo a las 11 h 35 min 13 s:

—¿Estás nervioso?

—Sólo un poco —dije, sin precisar cuánto, porque sabía que a ella no le gustaba.

Madre no agregó palabra alguna y no supe si su duda había sido respondida, no tenía más que decir o si se percató de la severa mirada de Padre, quien no gustaba que infringiéramos las reglas, menos aun las de la mesa. Pero cuando Madre bajó la vista hacia su plato noté 1 última

mirada que parecía decir “pues deberías estarlo”. Supuse que sería sólo por la presentación. Ahora sé que no.

El concierto empezaría a las 20 h 30 min 00 s, como todos los viernes. Desde media hora (exacta, claro) antes, yo estaba en el camerino haciendo mis escalas de tresillos y dieciseisavos en el piano vertical. Padre me había dicho, explicado y demostrado que no era recomendable calentar los dedos con las notas del concierto que se van a tocar, pero como las escalas son un ejercicio muy mecánico, mientras las hacía, en mi memoria repasaba, 1 a 1, las 2,345 indicaciones que Padre y yo habíamos hecho sobre la partitura del Quinto concierto para piano de Beethoven, *El Emperador* (íbamos a hacer 8 más pero nos detuvimos en 2,345 por lo ordenado y creciente que nos pareció el número y porque suma 5).

Lo confieso, varios microlitros de sudor se asomaban en mi frente, pero mi nerviosismo estaba bajo control, a un 15% de su capacidad (esta estimación, lo lamento, no es tan precisa como debiera, pero aún no se ha inventado un nerviómetro).

Al salir a escena, la veo en 1.^a fila. Sí, es Ella. La debe haber traído Madre, ya que se sentaron juntas. Ella quedó justo frente a mí, es decir, sobre la línea perpendicular al eje que hay entre mi persona y el piano. Madre está a su derecha. Las dos me miran.

La situación se me va de las manos. La totalidad de mi epitelio se inunda bajo 1 ligera capa de agua salina (de concentración indefinida) que, con su evaporación, me hace perder Jules aceleradamente (tengo frío, pues). Mi corazón, que había estado en sus 71 latidos por minuto normales (\pm un par de latidos), se acelera abruptamente a 107 latidos, más

o menos (no puedo calcular la incertidumbre porque, además de la calma, mi corazón ha perdido el ritmo). Y lo peor: me tiemblan las manos con 1 frecuencia cercana a los 6 hercios (10 más y quizá las podría escuchar). Ya no soy capaz de estimar qué tan asustado estoy porque mi temor tiende a 1 infinito que más parece infinote, y yo me siento ínfimo, infinito.

Me recupero a medias de mi ataque de pánico e idiocia y empezamos tarde, pues la mirada de Padre duró 3 segundos más de lo planeado; trató de averiguar lo que me pasaba. Y lo que es aun más insólito: cuando ya tiene los brazos en alto dispuesto a marcar el inicio, gira la cabeza hacia mí, de manera completamente espontánea y repentina, con 1 fúrica mirada interrogante. Leo en su iris: “¿Estás listo o te vas a volver imbécil por la muchacha de la 1.^a fila? ¿Te acuerdas de lo que vas a tocar y de las 2,345 indicaciones que le pusimos? ¿Seguro que no quieres sacar la partitura? —y ya francamente sardónico—: ¿Quieres hacer pipí antes de empezar?”

Mi cabeza se inclina hacia delante en un ángulo de 19 grados y vuelve a subir, doy con ello a entender que estoy listo y que todas las demás preguntas son irrelevantes. ¿Qué otra cosa podía hacer? No estaba listo pero contaba con 1 compás de solo de orquesta para estarlo.

Ellos dan el acorde de Mi bemol mayor durante 4 tiempos de $1/132.^{\circ}$ de minuto cada 1, es decir, casi 2 segundos (en realidad 1.818181... y así hasta el infinito). No es mucho pero tendrá que bastar. Yo, en lugar de alistarme, pienso que en el programa de mano no está suficientemente clara la razón que tuvo Beethoven para nombrar a su concierto *El Emperador*. Es de tal vanidad que Padre prefirió omitirla. Lo malo es que algunos de los asistentes al concierto se van a quedar con la idea, compartida por

mucha gente, de que se refiere a Napoleón, porque es bien conocida la devoción del bueno de Ludwig por el emperador francés, a quien le dedicó la Tercera sinfonía, *Eroica*, cuando creyó que el militar de la mano en la barriga era 1 paladín de los ideales de la Revolución Francesa —y claro, siempre se olvida que el músico después la desdedicó. Pero en el caso de su último concierto para piano, la referencia imperial es a la propia obra, considerada por el autor como “la cumbre de la música compuesta para piano y orquesta”. De hecho, la creación de la partitura fue interrumpida por los cañones de Napoleón en su invasión a Viena de 1809. No es 1 mala historia, debimos incluirla en el programa junto con el dato, mes, día y hora, de cuándo ocurrió esa afrenta a los vieneses.

Ya pasaron 1.82 segundos (redondeando las cifras (cuánto más fácil es decir $4/132.^{\circ}$ de minuto)); piso el pedal de *sustain* y comienzo la *cadenza* que fue escrita procurando que pareciera improvisación, al grado que no tiene barras de compás. Hago el *arpeggio* sobre Mi bemol mayor como Dios manda (como está escrito), es decir: el 1.^{er} tiempo lo parto en 4 y le pongo 1 nota a cada pedazo resultante, Mi \flat -Sol-Si-Mi \flat ; a la 1.^a mitad del 2.^o tiempo la divido en 3; sumo la 2.^a mitad a la 1.^a del tiempo siguiente y obtengo 1 entero que divido en 5. Mis manos realizan, por la práctica, estos quebrados con más facilidad que mi mente y dan la sensación de que sólo están “pasando” por el teclado. Repito el *arpeggio* 1 octava más arriba y luego 1 más, pero en esta última sumo el 2.^o y el 3.^{er} cuartos y en la mitad que resulta distribuyo, equidistantes, 7 notas. Llego, ágil como colibrí, al trino. Pero me detengo a pensar en qué sonido hará esta curiosa ave de veloz aleteo (alrededor de 800 batidas por segundo), si es que hace alguno, y mi salida hacia el Re-Fa-Mi \flat no es la que debería ser, le faltan

2 decibels para lograr el *sforzando* tal y como lo habíamos planeado.

¿Se habrá dado cuenta Ella?

Tal vez no, pero sí sé que la mirada severa de Padre me pesa en la coronilla. No levanto la cara y sigo hasta llegar al 2.º trino que también dura 4 tiempos y abordo la consecuente escala de salida con el sonido que, creo, debería hacer un colibrí. Estupendo, maravilloso, no lo habíamos planeado, así que, orgulloso, me regodeo. Alcanzo el *espressivo* sobre unos octavos que ligo con plena libertad. Remato con el acorde de La bemol mayor un poco más fuerte de lo que yo mismo me esperaba. La orquesta me acompaña en este compás.

Ahora dispongo de sólo 3 tiempos, 1.3636... segundos (ah, los quebrados) para recuperarme. Pero en lugar de corregir los ángulos de mis falangetas con respecto a las falanginas y de éstas con las falanges, muevo un poco los dedos. Y las muñecas, que estaban medio desubicadas. Me paso la lengua por los labios y parpadeo de manera completamente innecesaria porque estoy pensando en Ella. Y entro solo otra vez. Me siento más a gusto que en la *cadenza* anterior, tanto que ahora no pienso en notas ni en quebrados de tiempo. También soy hijo de mi madre, ahora lo sé mientras siento que la música me crece entre los dedos, desordenada, salvaje, libre. Entiendo este primer movimiento, y eso que apenas lo estamos iniciando, como triunfal, pero no con la actitud de quien derrota a su enemigo y se ufana en pisotearlo, no es una fiesta sobre las tumbas de los contrarios, es una exaltación de los propios logros o, mejor, de los logros comunes, de la unión de voluntades, de la formación de una pareja...

Vaya ofuscación, me exalté tanto que por poco se me pasa la escala descendente del Do5 al Do4, que debo hacer

con un *diminuendo*, reduciendo el volumen logarítmicamente mientras el *tempo* lo hace linealmente. Lo hago pero sigo confuso, los coeficientes se me modifican en varias décimas y después adquieren variables. Pero me gusta, ya no me importa que Padre me mire con los ojos feroces que le adivino. Me estoy disfrutando y, lo sé, me estoy luciendo porque Ella está aquí.

El resto de la partitura del primer movimiento es en mis manos una paloma que trata de aletear, la suelto y es una cometa que evoluciona caprichosa, independiente, en íntima comunión con el viento; la dejo ir convertida en globo libre que llegará a alturas inimaginables, vertiginosas. Me mareo, pero alcanzo a abrir los ojos para verla a Ella que, embelesada, mira a mi papá.

UNOS Y OTROS

Para Ana, o de ella para mí

Aquel banquete era toda una orgía alimenticia. Pero había un disidente, el cual dejó de comer y expresó abiertamente una duda.

—¿No les parece que comemos demasiado?

—¿Demasiado? —preguntó uno incapaz de concebir que en cuestiones de alimentación se pudiera llegar al exceso.

—Pues sí: mucho.

—¿Mucho? —consiguió preguntar otro con la boca llena de la que escaparon informes trozos de comida.

—Creo que de seguir así podríamos hasta terminar con nuestro hábitat.

—¿Hábitat? —dijeron varios a coro sin entender de qué hablaba.

—Técnicamente —apuntó una que conocía el significado de palabras difíciles—, es en donde vivimos y comemos, nuestro lugar natural, nuestro hogar —y siguió comiendo.

—Piénsenlo en gran escala —continuó el disidente—. Si todos comen como lo hacemos nosotros, es decir, todo lo que puedan, y luego todos nos reproducimos y todos nuestros hijos comen cuanto esté a su alcance y todo sigue así, nuestro... consumismo hará que acabemos no sólo con nuestro hábitat, también con nuestro ecosistema.

—¿Ecosistema? —quizá se preguntaron con desgano los muy pocos que lograron escuchar el discurso hasta el final.

—Para que me entiendan —agregó el disidente un poco desesperado—: ¡nos vamos a acabar toda la comida!

—¡Sí! —estuvieron de acuerdo unos.

—¡Claro! —gritaron algunas.

—¡Seguro! —agregaron otros.

—¡Pero yo más! —exclamó una advenediza.

—Está rico este hábitat —comentó una que creía haber entendido todo.

—¿Te imaginas lo que será comerse un ecosistema completo? —le preguntó otra con deleite anticipado.

Y todos reanudaron eufóricos sus actividades alimenticias, mientras el disidente se preparaba para volver a la carga con otro enfoque.

—¿Se han dado cuenta de que lo que nos comemos... —hizo una pausa dramática que sólo sirvió para perder algunos de sus desinteresados escuchas— ...está muerto?

—¡AAAaaaahhh! Me estoy comiendo un cadáver —se burló una.

—¿Muerto? —preguntó el que menos entendía.

Los demás rieron sabiendo que la risa es buena para la digestión.

—Pero, ¿qué, no les da asco? —se interesó el disidente.

—Vivos sí que dan asco —se le señaló atinadamente.

—Además debe ser difícil comérselos mientras se mueven.

—Hay quien lo hace.

—De todo hay en este ecosistema del Señor.

—Que está riquísimo, ¿verdad?

—Pero, pero... —trató de intervenir el disidente al percatarse del rumbo que adquiría la conversación.

—Creo que alguien quiere que dejemos de comer —apuntó, por fin, uno que sí había entendido.

—Sólo que comamos menos —precisó el iniciador de la plática.

—¡¿Menos?!

—¿Qué va a ser de nosotros si dejamos de comer? —se preguntó una comensal temerosa de hacer dieta.

—Pareceremos espaguetis —dijo un tonto, y todos se rieron conscientes de lo bueno que eso era para digerir.

—No pido ayuno, sólo moderación.

—Oigan —comentó alguno—, ya me estoy cansando, no entiendo y no puedo comer en paz.

Y sugirió:

—¡Hay que comérselo!

La sugerencia fue aceptada y, a pesar de sus gritos, el disidente fue devorado de inmediato.

—Sí que sabe mejor el alimento vivo —se extrañó uno con la boca llena de algo que aún palpitaba.

—Eres repugnante —le señaló una que estaba a su lado y que no había participado en el acto de canibalismo.

El aludido la miró con sorpresa y, con una sonrisa y en una cantinela, les avisó a los demás:

—Aquí hay otra que no quiere comer.

—No, no, no, no —se defendió la aludida—. No voy a tratar de convencer a nadie, ni los voy a interrumpir. Yo me estoy volviendo vegetariana.

Todos rieron y pensaron en su digestión.

—Voy a comerme esto —y agregó, ignorante—: Pero, ¿qué es esto?

—Técnicamente, es una raíz —ilustró la sabelotodo, y sugirió—: Tal vez deberías comenzar por algo más suave, como, ¿yo qué sé? Flora intestinal.

Más le hubiera valido a la nueva vegetariana hacer caso del consejo. Masticar fibras vegetales es difícil para quien está acostumbrado a la blanda carne en descomposición.

Se atragantó.

—¡Vamos a comérmola! —sugirió el que había sido llamado repugnante.

—¡Sííííí! —gritaron todos y, en medio del alboroto de toses, gritos y exclamaciones de gusto, pronto terminaron con su nueva presa (teniendo buen cuidado de no comer los fragmentos de raíz que aún acompañaban a la breve vegetariana).

Después, todos pretendieron volver a sus actividades normales, pero la disidencia estaba sembrada. Uno de ellos alzó una voz estentórea.

—Criaturas infames, malditos gusanos: ¿qué, ustedes creen que nuestro papel en el diseño divino es sólo comer y reproducirnos? ¿Acaso Dios, nuestro creador, nos dio el precioso don de la vida únicamente para comernos un cadáver y no dejar más que los huesos?

—¡Sííííííí! —gritaron todos los gusanos que, felices a pesar de las interrupciones, habían estado devorando los restos de Charles Darwin enterrados en la abadía de Westminster.

CONFUSIÓN

Si digo que la burra es parda es porque la confundí con un gato. Y si tengo los pelos en la mano es porque me los quite de la lengua. No, no me comí al gato. Bueno, sí. Es que estaba muy oscuro.

CONTENIDO

2,345 INDICACIONES.....	7
UNOS Y OTROS.....	15
CONFUSIÓN.....	19
3 DE 3.....	21
CASTIGO.....	23
QUERIDA AMIGA.....	25
ERA 1.....	35
NO TAN BREVE REFLEXIÓN.....	39
4 DÍAS.....	41
DESCORAZONADO.....	49
NO LE FALTA RAZÓN.....	51
DICHO.....	59
“SÉ LO QUE ESTÁS PENSANDO...”.....	61
10 INTRASCENDENCIAS.....	65
CONSEJO.....	71
GRUNK.....	75
TRAICIÓN.....	77
ENTERO, NO MÁS.....	79
AMOR OCCIPITAL.....	81
1, 2, 3, 4, 5,	85
NECESAD.....	89
RECAPACITACIÓN.....	90
MACHISMO.....	91

DETALLES.....	92
MILES DE MILLONES DE LITROS.....	93
CONSUELO.....	105
POLLO A LA H ₂ O.....	107
PLAGIOS VARIOS.....	115

COLECCIÓN: PREMIOS NACIONALES

PREMIO NACIONAL DE CUENTO «INÉS ARREDONDO»

Alfonso Orejel

La balada de un hombre muerto (2007)

Ernesto Murguía

Las pesadillas del Lumière (2004)

Mauricio Carrera

Las hermanas Marx (2003)

PREMIO NACIONAL DE TESTIMONIO, CHIHUAHUA

Ernesto Lumbreras

La ciudad imantada. Vida de Milton Vidrio (2007)

Mauricio Carrera

Travesía. Crónicas marineras (2006)

PREMIO NACIONAL DE CUENTO «BEATRIZ ESPEJO»

Antología

El espejo de Beatriz (2001-2007)

PREMIO NACIONAL DE NOVELA CORTA «JUAN GARCÍA PONCE»

Cecilia Eudave

Bestiaria vida (2007)

«NÚMEROS PARA CONTAR»
DE MANUEL LINO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN 2008 EN LOS TALLERES DE CORPORACIÓN INDUSTRIAL
GRÁFICA S.A. DE C.V. FERNANDO SOLER NO. 50, FRACC. MARÍA
CANDELARIA HUITZILAC. MORELOS, C.P. 62510. MÉXICO
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES